

Mario Vargas Llosa, en París

Eduardo Álvarez Tuñón
Academia Argentina de Letras

Esa tarde de marzo de 2019, Mario Vargas Llosa, en París, fatigado de celebridad, sintió alivio por la abrupta cancelación de una entrevista, maldijo y bendijo a un mismo tiempo la informalidad de quienes lo habían citado y se dispuso a evocar el que había sido y ya no era, en el rincón del Café de Flore, donde todas las mañanas se sentaba Jean Paul Sartre y al que miraba de lejos, con admiración, en aquellos años a los que ahora hubiera deseado volver.

Tal vez si yo hubiese descubierto el fracaso de aquella reunión que Mario Vargas Llosa tenía programada y su deliberada opción por la soledad, no me hubiera atrevido a acercarme y solo hubiese esbozado un saludo lejano. Sería una vanidad de mi parte dejar entrever una gran amistad que no existió, pero, como afirma Borges de Lugones en la dedicatoria de su libro *El Hacedor*, creo que no «me malquería», y que las veces que nos habíamos visto en Buenos Aires, Bogotá y Madrid, le había resultado grato hablar de literatura conmigo y comprobar que Víctor Hugo aún generaba, en alguien más joven, pasiones y fetichismos, difíciles de entender en la postmodernidad, ebria de vanguardias superficiales.

Yo había llegado esa misma mañana a París, el azar había provocado ese encuentro casual y no eran numerosas, al menos para mí, las oportunidades de verlo y conversar. Sentí, entonces, que no ir hacia él aunque fuese para intercambiar palabras cordiales cuando ya se habían cruzado nuestras miradas, era una falta de caballerosidad, que podría haber sido interpretada como un rechazo a sus enfáticas posiciones políticas en una época que sobrestima la relevancia de las ideologías.

Me sonrió a la distancia y advertí, con cierto orgullo, que me había reconocido de inmediato. Debo aclarar, por honestidad, que más allá de la fascinación común por Francia y la veneración de ciertos autores, lo seducía que yo fuera argentino. Para Vargas Llosa, la Argentina ejercía una atracción muy singular; se había formado leyendo libros editados en este país, alababa nuestras traducciones, veía en Buenos Aires una ciudad europea y sentía una mezcla de curiosidad y pena por nuestra suerte. Me dirigí hacia él con la certeza de que mantendríamos un diálogo breve y algo formal,

decidido a no invadir la privacidad de un hombre célebre que, sin duda, aguardaría la llegada de alguien. Lo cierto es que nadie parecía advertir su presencia, como si fuese invisible para los otros o una especie de luz lo apartara del mundo.

Nos dijimos frases previsibles y me invitó a que me sentara. Accedí de inmediato y allí comenzó una de las historias más extrañas que me tocó vivir con un escritor y que trataré de narrar sin evitar detalles y con precisión para restarle la inverosimilitud que es lícito atribuirle.

Lo primero que percibí —y luego comprendí el porqué— fue un cambio en su voz. No era la que yo recordaba. Pese al tiempo y la edad había adquirido ahora un tono juvenil, con un acento peruano más marcado, como si recién hubiese llegado de Lima y nada hubiera contaminado la música de las palabras. Me dijo que el fracaso de una cita intrascendente, que había concertado su hijo para hablar con unos periodistas mexicanos sobre la situación de Latinoamérica, le había concedido una felicidad incompleta: tiempo libre, pero sin un libro. Dudó en comprar alguno en *L'Ecume des pages*, la librería vecina del café, pero después renunció a esa idea. Las novedades encerraban decepciones y temía, al regresar, que su lugar estuviese ocupado. Para él, ese rincón seguía teniendo un significado especial. Había optado, entonces, por recordar y lo había hecho con tanta intensidad que no parecía ser el hombre que había atravesado las puertas de la vejez, escrito numerosas novelas, obtenido todos los reconocimientos, sino otro, el que había sido cuando llegó a la ciudad por primera vez en 1959, con 23 años, sin dinero, persuadido de que solo allí podría convertirse en escritor.

Comenzó, entonces, a discurrir, sin un motivo claro, acerca de la memoria. Me dijo que recordar era una actividad muy similar a la lectura, las dos consistían en un viaje de quietud a través de los días y agregó que un recuerdo profundo de lo vivido, al igual que una buena novela, podía transformarnos e, incluso, hacernos regresar a un lugar añorado, al que no sabríamos cómo volver. Lo escuché en silencio y pensé que no se había equivocado. Comprendí, entonces, la causa de esa voz diferente y del misterioso hecho de que en el Café de Flore nadie reparara en su presencia: Ya no era el escritor famoso que había ganado el Premio Nobel, que salía en la tapa de las revistas, publicado por *La Pleiade* y que pronto ocuparía, pese a su lengua de origen, un sillón en la Academia Francesa. Ahora había pasado a ser el que fue, aquel desconocido, casi inédito, que veía la salvación en la escritura y le interesaba tanto leer como vivir. El cambio operó en mí de una manera singular. Disipado el asombro, acepté la irrupción de

la irrealidad. Me resultaba más grato conversar con el Vargas Llosa joven, por razones obvias. No me inspiraba temor reverencial, pero debía cuidarme de evitar referencias a los libros que yo admiraba y él aún no había escrito y de aludir a la figura venerable en la que se convertiría. Lo cierto es que Mario Vargas Llosa, lamentablemente, no permanecía siempre en aquella época remota, iba y venía del pasado al presente y, cuando me atrevía a hablarle como a un igual y plantearle alguna duda estética o los miedos que asaltan ante una página en blanco, aparecía el escritor ya consagrado, con el tono de voz al que estábamos habituados, desprovisto de soberbia, pero magistral, que mencionaba ejemplos de novelistas que había comenzado a valorar en su madurez. Esos cambios, a veces abruptos, me descolocaban, pero yo los vivía como un privilegio. Su memoria no solo lo hacía viajar a él, sino también a mí. Tenía la magia de su prosa y, por ese motivo, no se sorprendía cuando yo pasaba de la complicidad con la que me dirigía al joven que había sido a la admiración y temor que me suscitaba el escritor mayor en todo sentido que era en el presente y que hubiese merecido opiniones o frases más prudentes de mi parte.

Me habló de París, con la fascinación inicial, como si hubiera llegado recién y olvidado los siete años que había vivido allí antes de partir a Londres y de ser convocado a Barcelona por Carmen Balcells, su legendaria editora. El recuerdo lo llevaba aún más lejos, hacía la infancia, y me preguntó si yo podía evocar con precisión la primera vez que había escuchado mencionar la ciudad y comprendido que era el lugar donde había que estar. No me dio tiempo a responderle, volvió al presente y me confesó que, en su caso, el interés inicial por París no había sido literario, pese a lo afirmado en numerosos reportajes. No es que hubiese mentido, pero la pasión por la literatura francesa vino después, cuando quiso ser escritor y pensó, como todos, que, para lograrlo, debía vivir en esa ciudad, a cualquier precio. Evocó a su abuela materna, según él, una maravillosa narradora oral que lo distraía al atardecer con algún relato de su vida. Entre todos los cuentos, había uno que al pequeño Mario le gustaba en especial y le pedía que lo repitiera cada tanto: el de un antepasado, un tío bisabuelo, de costumbres «poco recomendables», tal como lo describía ella con una sonrisa, mezcla de picardía y reproche. Un mediodía, a la hora del almuerzo, en Arequipa, ese tío le dijo a su mujer, delante de sus tres hijos que saldría un momento a la Plaza de Armas a comprar tabaco. No regresó nunca más y, después de muchos años, les llegó una carta, sin remitente, en la que les comunicaban que había muerto en París, ciudad a la que había huido. La

abuela hacía un silencio y esperaba que Mario le hiciera esta pregunta: «¿Para que fue a París ese tío, abuela?»; luego, respondía con énfasis «¿Para qué va a ser hijito? ¿Para corromperse!».

Esta historia, repetida una y otra vez, le dio a la ciudad un brillo único, deslumbrante, que identificó con la libertad y que explicaba, en parte, por qué razón estaba allí. Le dije que me resultaba difícil precisar la primera vez que había escuchado hablar de París. Mi historia era diferente. París se vinculaba con mi origen, pero no porque hubiese nacido en Francia o tuviese antepasados franceses, sino porque mi padre conoció a mi madre en la manifestación que se hizo en Buenos Aires para celebrar la liberación de París. Eran jóvenes, llevaban banderas y me gustaba pensar que, en esa tarde, en ese hecho azaroso, está, en alguna medida, la causa más remota de mi llegada no solo a París, sino al universo. Con el tiempo, me enteré de que en la Argentina, tal vez porque sea un país de ansiosos, aunque también ocurrió en otros lugares de América Latina, la liberación de París se festejó un día antes por una maniobra que se le atribuye a Ernest Hemingway, quien redactó un cable en el que comunicaba el hecho cuando aún no había ocurrido y obligó a actuar a la 4.^a División de Infantería de los EE. UU. y a la heroica división Leclerc. El dato, que obviamente le era desconocido, lo hizo reír. Le dije también que, en mi casa, se hablaba de Francia como de un sitio de veneración, el plano más alto del espíritu, y yo, de niño, pensaba que no era un lugar, un territorio geográfico al que se pudiera llegar viajando, sino una virtud y que debíamos elevarnos para alcanzarla, una suerte de adjetivo superlativo.

Me escuchó como si no nos separara un abismo en todos los sentidos, y no creo equivocarme si digo que esa situación se debió a que, en ese momento, el recuerdo lo había vuelto a trasladar al tiempo en el que aún no había escrito *La ciudad y los perros* y veía en mí alguien que, como él, me enfrentaba al mundo y vivía una suerte de espera que, con el tiempo, añoraría. De pronto, comenzó a hablar de Sartre con el fervor de entonces, aquellos años de Lima, en la que su amigo Lucho Loayza le había puesto como apodo «el sartrecillo valiente». Lo había visto en el Palace de la Mutualité, se había sentado a su lado y no se había atrevido a dirigirle una palabra. Me recomendó leer «Situations 2», en especial las páginas referidas al compromiso del escritor, el mismo texto que, sin saberlo entonces, mucho tiempo después, criticaría con el mismo énfasis con el que me lo había alabado. La voz, de pronto, regresó al presente, para decirme que, pese a todo, pensaba en Sartre como alguien esencial en su formación y,

en especial, como un capítulo insoslayable de su juventud. Me dijo que tenía la idea de despedirse de su condición de ensayista con un libro sobre Sartre y decirle adiós a su condición de novelista con una historia que encerrara un homenaje a los valeses peruanos. Advirtió mi perplejidad, que hubiese sido oportuno ocultar, y condescendió a aclararme que no lo comprendía porque no había nacido en Perú y que los dos temas estaban unidos por razones subjetivas; implicaban para él esos descubrimientos que marcaban la existencia: el de la alegría de la música sencilla y efímera, inexplicable, y el del pensamiento profundo, que genera esa otra forma de la felicidad que es el debate.

Percibí, entonces, que la tristeza de un final lo invadía y me propuso salir a caminar. Había vuelto, con cierto pesar de los dos, a ser el escritor venerado de edad avanzada y tenía esperanzas de encontrar al joven que aún no había terminado *La ciudad y los perros* en las calles que había recorrido en aquellos años. Cuando nos dirigimos a la puerta, comenzó a ser observado por todos y se fastidió. Me recordó una frase de Cesare Pavese: «Ser reconocido solo es importante cuando recién sales del anonimato, luego deja de halagarte y te impone la fatigante tarea de actuar». Luego citó a Borges: «La fama marchita la rosa que venera». Se detuvo en cada palabra, admirado, y la repitió como si fuera un rezo.

Me propuso visitar el lugar donde estaba una librería, *La joie de lire*, que hacía tiempo había cerrado. Comprobé que, para él, era un sitio sagrado. Poco importaba que hubiese sido reemplazada por un pequeño restaurante de sushi. Allí había comprado, la tarde misma que llegó a la ciudad, en el año 1959, un ejemplar de *Madame Bovary*, en las ediciones de tapas amarillas de «Classiques Garnier» y descubierto a Flaubert, su dios, el escritor que «hubiese querido ser». Si bien le causaba pena el hecho de que la librería ya no existiera, me dijo, con algo de fetichismo, que, entre esas paredes, había estado el libro que lo había transformado y que esa circunstancia le otorgaba a ese espacio una luz especial, que, quizás, solo él veía, pero que me invitaba a tratar de descubrir. Simulé verla y obviamente le mentí. Le respondí que era posible advertir, aun sin saberlo, que en un local había existido alguna vez una librería y exageré que la claridad encandilaba. Sonrió y agregó sin enojarse: «No soy Alonso Quijano para que me sigas la locura».

Emprendimos la misma ruta que él había hecho 60 años atrás con el volumen de Flaubert bajo el brazo, desde la librería hasta el humilde Hotel Wetter, en Rue du Sommerard, donde vivió en esos años. Había vuelto a ser joven. Me señaló una ventana

del tercer piso y me dijo que, en esa habitación, había leído, durante toda la noche, *Madame Bovary* y nunca una obra lo había «vampirizado» tan apasionadamente. Supo, entonces, que viviría enamorado «hasta la muerte» de Emma Bovary. Me confesó que los personajes literarios habían marcado su vida de una manera más durable que buena parte de los seres de carne y hueso.

Seguimos caminando y yo pensaba que lo hacíamos sin rumbo, pero llegamos a la Place Denfert –Rochereau, y se detuvo ante un edificio antiguo y señorial. Me dijo que allí estaba, en los años sesenta, la sede de la Legión Extranjera. En aquellos días, había sufrido una gran depresión, sentía un disgusto profundo con la vida y si bien había descartado el suicidio, tenía la idea de infligirse una «punición romántica», una fuga, cambiar de identidad y desaparecer en un destino brutal. Tuvo la idea de incorporarse a la Legión. Pero esa noche volvió a leer las últimas páginas de *Madame Bovary* y lo embargó un deseo de vivir y de ser escritor. De pronto, cambió de tema y me habló, entonces, de *La ciudad y los perros*, como si estuviera escribiéndola, de los puntos de vista, de las técnicas de Faulkner que había adoptado, aun a riesgo de incomodar al lector. Intenté que ahondara un poco más en la historia de su intento de huida del mundo. Sabía que, en su juventud, en Lima, leía con pasión a Rimbaud y tradujo «Un coeur sous une soutane». Quizás la admiración lo había inclinado a imitarlo en su abandono de todo, incluida la literatura. Me interesaba su relación con la poesía. Pero optó por eludir el tema. Empezó a recitar «Responso a Verlaine», de Rubén Darío, y, a medida que avanzaba, dejaba al joven que fue dudando sobre la estructura de su primera novela a la caída de la tarde y emprendía, por el canal sutil de la memoria, el regreso al presente, sin retorno.

Yo seguía en busca de esos cambios temporales que, secretamente, disfrutaba. Ignoraba que ya no volverían a repetirse. De haberlo sabido hubiese intentado retenerlo en el pasado. Ahora ya casi no hacía referencias a su juventud, sino a los nuevos hábitos que le imponía el París de esos años últimos. Uno de ellos era visitar en la Iglesia de San Sulpicio el mural de *La lucha con el Ángel*, que pintó Eugène Delacroix. Sugirió que fuésemos. Me contó que iba muy asiduamente y, en especial, cuando sentía que lo escrito en la semana estaba lejos de lo pretendido y temía el fracaso. Frente al mural, me invitó a mirarlo detenidamente, de izquierda a derecha, como si fuese un texto que exigiera una lectura cuidadosa. Me explicó algunos detalles y me dijo que pasaba media hora allí y luego iba a su departamento a corregir lo escrito. Agregó, sonriendo, que

nadie había descubierto que sus últimos libros tenían como coautor a Delacroix. Me daba la primicia, por si quería aprovecharla.

Volvimos al Café de Flore, y quiso la suerte que el rincón de Sartre no estuviera ocupado. Pensé, con esperanza e ingenuidad, que era el sitio ideal para que regresase el joven que dudaba acerca del título de su primera novela. Pero Sartre se había convertido también en una obsesión de su presente. Lo culpaba de haberlo contaminado con la política. Ahora, frente al gran enigma, sentía que había desoído una de las lecciones de Flaubert: la de la indiferencia hacia el mundo y hacia todo lo que lo alejaba de la literatura. Su experiencia había sido decepcionante. Volvió a citar a Borges: «La política es una de las formas del tedio». Se lamentaba de haber perdido tiempo en reuniones, actos, mítines, y artículos periodísticos de coyuntura. Era un hombre que lo había leído todo y había escrito todo y sentía, sin embargo, que había perdido el tiempo. Le recordé que a la inquietud política, más allá de su acierto o error, le debía la mayoría de sus grandes novelas, como *Conversación en La Catedral*, *La guerra del fin del mundo* o *La Fiesta del Chivo*. Pareció darme la razón luego de un largo silencio y me dijo que hubiera hallado otros temas, tal vez más eternos, como los celos, el amor, el irremediable paso del tiempo o la vejez. Más allá de todo, había vivido como pocos la felicidad que da sumergirse en la orgía perpetua de la escritura. Se había convertido definitivamente en el que había querido ser en los años de Lima.

Miró su reloj y me dijo que debía irse porque tenía una cita impostergable. Me aclaró que no lo esperaba una persona, sino un libro: el mismo ejemplar de tapas amarillas de *Madame Bovary*. Necesitaba leer las últimas páginas una vez más. Al despedirnos, nos prometimos, como si fuéramos eternos, seguir el diálogo en Buenos Aires. Supe, cuando lo vi alejarse, que, a partir de ese momento, solo podría hallarlo en sus libros y comprendí que no había mejor lugar en la tierra para un encuentro.

Buenos Aires, agosto de 2025

